



CARISMA

CARISMA FUNDACIONAL

¿Qué es el carisma fundacional? La inspiración de Dios a los instrumentos que Él ha escogido para instituir en la Iglesia una Orden o Congregación no existente.

Y de esto les quería yo hablar: de lo que es ese carisma fundacional, inamovible, aunque pasen los tiempos. Porque Dios no inspira -cuando ya se llama carisma fundacional-, ese espíritu a la persona para ella misma. Es distinta la inspiración personal: Dios me pide que me vaya al monte a vivir una vida de ermitaño, ¿lo pide? Pues, vaya. Ahora, pide de forma que urge, que inspira, que sopla, y, que la Iglesia, la Jerarquía, la autoridad de la Iglesia confirma como algo que tiene que existir en la Iglesia; entonces, eso es carisma fundacional, como una nueva pieza en el mosaico de la Iglesia, que queda encajada en su estructura y vida de un modo inamovible.

El carisma fundacional no es para un tiempo. El carisma fundacional es para que, en la Iglesia, vayan quedando estos estamentos, estas porciones, que forman el conjunto de Iglesia en su universalidad de carismas, de misiones, de espiritualidades, de formas de vida. Entonces, el carisma fundacional es pues inamovible. Es don del Espíritu Santo, que queda sellado en la Iglesia en orden a formar una porción en ella, inamovible, con un fin, una misión y una vida peculiar, específica.

En el transcurso de los tiempos, el Espíritu Santo ha ido inspirando los distintos géneros de vida que componen el maravilloso conjunto de la Iglesia: serían en los primeros siglos los ermitaños; luego las Órdenes mendicantes con sus características, que tendrán que seguir siendo así en sus estatutos, en su vida; llegan luego ya las Órdenes monacales, las Órdenes religiosas, etc. y cada una tiene que seguir con su espíritu y vida propia, porque son formas integrantes de una Iglesia que es universal en sus carismas, en la diversidad de dones, que el Espíritu Santo va dando a través de los tiempos, según la necesidad de los mismos; pero no para que desaparezcan los anteriores, sino para ir como completando con nueva riqueza que le hace llegar a todas las almas y situaciones. La Iglesia, siempre nueva, siempre renovada, pero, siempre, guardando el tesoro de su historia.

Comienzan una vida. Tienen que apreciar -vuelvo a repetir- ese carisma fundacional; es decir, esa fisonomía peculiar de la vocación con que han sido llamados, de forma que, aunque quisieran arrancársela del fondo del alma -porque está infundida por Dios, en el momento que llama y da la gracia para seguir el llamamiento-, aunque se la quieran arrancar; aunque les presentaran otras más atractivas, no puedan inclinarse hacia ellas, porque sus almas están marcadas con el sello, con este carisma propio; y, todo lo demás, ha de quedarles como algo ajeno a lo que no se pueden adherir porque sus almas están, no adheridas, sino imbuidas, metidas, atenazadas, por ese carisma fundacional, peculiar del alma Oblata, que no puede cambiar.

Pueden cambiar los tiempos; pero, como el carisma es inspirado por el Espíritu Santo para que permanezca en la Iglesia, el alma Oblata tiene que ser así o no es. Tiene que recoger esto íntegramente; tiene que encontrarse, que reencontrarse en el profundo de su alma, con este espíritu infundido por Dios y responder a él. Puede haber habido causas segundas, instrumentos adyuvantes a ese plan de Dios. Dios no se ha presentado visiblemente; ni el Espíritu Santo ha bajado en forma de paloma, ni en lenguas de fuego para posarse sobre sus cabezas e inspirarles esto. No. Ha habido causas segundas, ha habido instrumentos de los que Dios se vale, en su plan ordinario de actuar sobre la Iglesia, sobre las almas: hay una jerarquía, hay unos sacerdotes que actúan; puede haber sido un medio ambiente; fue a través de una predicación, de una lectura, etc. Se vale de medios que son gracias actuales; pero, en el alma, como gracia directa, está infundido por Dios el carisma propio de la vocación a la que somos llamados. Infundido por Dios desde siempre, por plan eterno suyo.

Muchas veces buscamos esa causa segunda; pero, lo que es necesario es hacer el encuentro, en lo profundo del alma, con esa mirada de Dios, con ese soplo del Espíritu, directo, **Suyo**, desde toda una eternidad. El alma Oblata, o Clarisa, o lo que sea, tiene que encontrarse, no obligada desde fuera a vivir una vida -la que ha elegido, la que ha encontrado como su vocación-, sino urgida desde dentro, por la mirada de Dios, por el soplo del Espíritu; pensando que esas exigencias que forman la fisonomía de la vida de Oblata, esas exigencias que marcan el perfil de la vida de Oblata, no pueden cambiar en su espíritu, en su base y fundamento.

El alma Oblata no puede dejar de ser oración y oblación; no puede dejar de ser vida contemplativa, por mucho que urja la necesidad de la actividad en el mundo; no puede dejar de vivir una vida austera en todo su ser, porque su Vida es Cristo; no puede desdibujar la exigencia de obediencia, porque su obediencia radica en Cristo, el Obediente del Padre. Entonces, lo que tiene que hacer es reencontrarse continuamente con esa fisonomía, con ese perfil de alma Oblata. Y entusiasmarse con él. El quehacer del alma Oblata es ese: ir descubriendo, ir saboreando, ir *impresándose* en esa exigencia propia de la vocación, tiene que ir moldeándola en su interior, y que ha de proyectarse en su conducta constantemente.

Puede ser que haya cosas que haya que sacrificar. Yo recuerdo cuando era más joven que Vds., que una vez visitando a una religiosa, prima mía, cuando yo ya tenía vocación, que me decía: *"Ya verás, cuando se entra en vida religiosa, es como si tú llevas en el alma un lienzo maravilloso, un cuadro maravilloso, una obra maestra. La ha hecho Dios en ese transcurso de la vida en que te va haciendo piadosa, que vas gustando la oración. etc. Bien. Llevas un lienzo maravilloso, pero hay que meterlo en un marco. Y es necesario recortar muchas cosas que son estupendas"*. Y es así. Muchas cosas que en sí tienen valor y que han servido, aun en mirada de Dios, para caminar hacia Él. Sin embargo, en el enmarque de esa vida que abrazo, porque Dios me llama, hay que dejar fuera, hay que recortar muchas cosas que, vistas en sí mismas, tienen valor y valen y son buenas y han sido positivas; pero que, para responder a mi vocación, tengo que sacrificarlas.

¿Es esto perder valores? No. Es encauzarlos. Es ponerlos a la luz de la Voluntad de Dios -carisma vocacional- y sacrificar lo que estorba, y cultivar lo que sirve, según el camino que Dios marca, según el molde de mi vida por plan eterno suyo; porque en la Iglesia tengo que ser esto y así.

Esto es lo que es imprescindible, lo que es el punto de apoyo firme para el alma. Habrá enseñanzas con clases diversas; puede haber una gama mayor de lecturas, de conferencias. Pero a lo que el alma tiene que estar atraída como imán de fuerza irresistible, es el carisma fundacional. Es decir, lo que soy en la Iglesia por inspiración y don del Espíritu Santo a la misma Iglesia.

Y, la respuesta a ese carisma fundacional, encarnado en mí, tiene que ser haciendo vida de mi vida todas las exigencias de esa vocación con la que Dios me llama, que ha de alimentarse y sostenerse y permanecer, **alimentándola siempre, siempre, con el continuo riego de la doctrina propia de la vocación.** Hay que tener hambre de ella; hay que descubrir hasta la mínima exigencia, hasta el más profundo querer de Dios que en ella se expresa; y, hacerlo vida, desde el inicio.

Desde ahora, desde este comienzo, el alma Oblata tiene que anclarse en base segura: primero, el saberse llamada por plan eterno de Dios; segundo, que el carisma fundacional es inmutable, desde el momento que la Iglesia lo aprueba como tal. No es una espiritualidad: es que Nuestros Padres... es que la Madre Maestra... es que este Superior...no, no. Es inspirado por Dios, Espíritu Santo, y la Iglesia pone el sello de la Aprobación Pontificia, para que en ella permanezca, como porción permanente, hasta el fin de los tiempos.

Y ese carisma es lo que tenemos que descubrir en el profundo de nuestra alma para responder al Eterno Plan de Dios; porque no es algo que Vds. han encontrado en el camino, sino lo que Dios infundió en sus almas al tenerlas destinadas para ser almas Oblatas de Cristo Sacerdote.

Es don de Dios, es gracia especialísima Suya, y como todo don de Dios es necesario guardarlo con fidelidad, cultivarlo con esmero, porque si no se guarda como tesoro puede perderse; puede desdibujarse, puede desvirtuarse, puede perder su línea de fisonomía clara; y entonces, el alma en la que Dios ha infundido ese espíritu vocacional, esa gracia vocacional queda amorfa, adocenada, desencajada de su puesto en la Iglesia. No. Eso es romper el Plan de Amor de Dios al alma que con tanto amor escogió. El alma llamada por Dios tiene que, siempre, hambrear y descubrir toda la exigencia para hacerla vida de su vida, y que su conducta sea de verdad la del alma Oblata de Cristo Sacerdote.

A través de la formación, se abren caminos de luz; semilla que luego tiene que germinar y desarrollarse en frondoso. Hay que fomentar la estima a la propia vocación. No es una estima orgullosa, pero es un santo orgullo; no es un desprecio de lo demás, pero sí es un amor a la propia vocación; no es creernos especiales, pero sí es una gratitud por encontrarnos escogidos con predilección. Y eso tiene que mantenerse en el alma. Y si alguna vez parece que nos da igual, hay que buscar en más profundo y más íntimo y más hondo y más sensible, espiritualmente, esta vibración de amor, de estima, de santo orgullo y de estar dispuestos a dar la vida antes de que algo pueda herir toda la fisonomía clara, la línea perfecta, el perfil marcado de alma Oblata de Cristo Sacerdote.

Tienen que pensar que Dios les ha escogido de un modo especial. Están recibiendo vida de la fuente misma, en el arranque del manantial; agradézcanlo y piensen en un futuro. Van a tener después una responsabilidad muy grande de transmitir esa vida recibida; de transmitir el amor a la propia vocación; y, de marcar línea de conducta para las almas futuras llamadas. Hay que hacerse responsable, no con carga que abrume; sino con carga de amor, sí, de gratitud a Dios.

Y, ¿cuál es el carisma propio nuestro? **Nuestro fin específico, nuestro carisma, es ese latido del Corazón de Cristo** *"por ellos me ofrezco, por ellos me inmolo y por los que han de creer en su palabra, que es la Iglesia"*. Toda fundación es un latido del Corazón de Cristo: *"Dejad que los niños se acerquen a Mí"*; *"He venido para salvar a los pecadores"*... Toda fundación es, sí, latido del Corazón de Cristo: los enfermos, la enseñanza, los niños... todas, de un modo o de otro, nacen de un latido del Corazón de Cristo. Ahora, el latido del Corazón de Cristo, que dio vida a la Congregación de Oblatas de Cristo Sacerdote, tuvo una expresión tan clara, tan expresiva, en ese momento cumbre de Su Amor Redentor, Sacerdotal; cuando iba a pasar ya al Padre; cuando culminaba su obra de redención: Padre todo está terminado, todo está consumado, en tus manos.

Entonces, cuando acaba de hacer permanente su presencia en la Iglesia con la institución de la Eucaristía, con la institución del Sacerdocio: *"Haced esto en memoria mía"*, y, *"Estaré con vosotros hasta el fin del tiempo"*. Entonces, como expresando en ese latido todo su Amor Redentor, dice: ***"Padre, por ellos ruego y por ellos me ofrezco en oblación para que sean santificados en la verdad"***. Ahí está. Ese latido del Corazón de Cristo, es el carisma fundacional. *"Pro eis et pro Ecclesia"* es el carisma fundacional.

Y, ¿qué hace Él?, ¿qué medios tiene?, ¿cómo realiza esto? Lo ha expresado: por ellos **ruego** y por ellos me **ofrezco**. Esa es la vida del alma Oblata. **Oración y oblación con y en Cristo por lo que Él ora y se ofrece: por la santificación del Sacerdote y la Iglesia**. Más claro no puede ser. Más concreto, más específico, más delimitado, no puede quedar. Porque en ese mismo latido expresa su deseo, respondiendo a una voluntad salvífica del Padre. Su deseo, y la forma de llevarlo a cabo. Está clarísimo: **Por ellos ruego, por ellos me ofrezco en oblación para que sean santificados en la verdad. Y no sólo por ellos, sino por los que han de creer por su palabra: la Iglesia**.

Y ese latido de Corazón de Cristo que nos da vida, **ese**, está latiendo en nuestro propio corazón. Está latiendo, porque el Espíritu ha sido desbordado en nuestro corazón. Es decir: está infundido dentro del alma desde toda la eternidad, desde siempre. No olviden nunca que, aunque la vocación la descubrimos en un momento de nuestra vida, la vocación es divina, es desde siempre, desde toda una eternidad.

Hemos andado unos caminos; hemos andado otros caminos; pero el plan eterno de Dios estaba ya en nuestra alma desde toda una eternidad; presente en Él estaba darnos, infundirnos, este latido del Corazón de Cristo, que quedó impreso -esto es lo cierto- con el sello del Bautismo, sin más. Ahí quedó impresa, marcada, sellada la vocación, que ahora se tiene que desarrollar. Por eso, es tan claro, tan específico, tan delimitado, tan firme el fin, espíritu y vida del alma Oblata, en su ser en la Iglesia que, si no es así, no es Oblata.

Cristo no marca otra forma, no abre otro camino. El latido de su Corazón Sacerdotal es ese. Y es ese, en donde está, no la síntesis, sino la realidad plena y desarrollada del carisma fundacional. **Ahí: Por ellos ruego y por ellos me ofrezco en oblación para que sean santificados en la verdad; no sólo por ellos, sino por los que han de creer en su palabra: la Iglesia.**

Madre M.^a del Carmen Hidalgo de Caviedes

24 septiembre 1983